

VIII JORNADA DE BIOÉTICA

Conferencias de la Dra. Hna. M. Elena Lugo

TERCERA CONFERENCIA

La defensa de la dignidad de toda vida, según la primacía del amor: compromiso de todo dirigente

I. Introducción

Nuestra última exposición tiene como objetivo entrelazar el tema de la vida en todas sus circunstancias, lo cual incluye la vulnerabilidad en sus dos dimensiones: vulnerabilidad inherente y vulnerabilidad circunstancial, con la solidaridad entendida como amor de benevolencia y beneficencia, y el compromiso activo para fomentar la globalización de la solidaridad en cuanto aporte de la bioética contemporánea.

II. Desarrollo

I. La dignidad inherente a toda vida humana, en particular a la vulnerable

En su encíclica *Evangelium vitae*, Juan Pablo II señala que son alarmantes las amenazas a la vida humana: *“El s. XX será considerado una época de ataques masivos contra la vida, una serie interminable de guerras y una destrucción permanente de vidas humanas inocentes... estamos en realidad ante una objetiva ‘conjura contra la vida’, en la que están implicadas incluso instituciones internacionales, dedicadas a alentar y programar auténticas campañas de difusión de la anticoncepción, la esterilización y el aborto. A esa conjura se unen los medios sociales de comunicación que identifican la vida humana con la calidad y el funcionamiento, marginando a los no productivos y hasta propiciando la eutanasia como una opción e inclusive una obligación para el envejeciente en su abandono y soledad, y de cara a la familia y la sociedad. Hablar de la dignidad inherente a la vida humana y su protección como valor incondicional es interpretado como falta de visión integral ante el progreso social y ataque a la libertad de cada uno de otorgar sentido a la vida, o bien no otorgarlo si esta adolece de alguna vulnerabilidad.”*¹ Cada expositor ha presentado la actualidad de estas amenazas a la vida según grados de peligrosidad.

Junto con Juan Pablo II hemos identificado la raíz nefasta del desprecio de la vida humana. Con precisión crítica el Papa nos indica: *“Cuando una mayoría parlamentaria o social decreta la legitimidad de la eliminación de la vida humana aún no nacida, inclusive con ciertas condiciones (de vulnerabilidad), ¿acaso no adopta una decisión tiránica respecto al ser humano mas débil e indefenso? La conciencia universal reacciona justamente ante los crímenes contra la humanidad, de los que nuestro siglo ha tenido tantas experiencias.”*² En otro momento, Juan Pablo II se lamenta con toda razón de que *“la vida del mas débil quede en manos del más fuerte, se pierda el sentido de la justicia en la sociedad y se mine en su misma raíz la confianza recíproca, fundamento de toda relación auténtica entre las personas.”*³

¹ Juan Pablo II, *EV*, 3 y 4.

² *Ibíd.*, 70.

³ *Ibíd.*, 66.

La raíz común de todas estas tendencias es el relativismo ético que caracteriza muchos aspectos de la cultura contemporánea.⁴ Ya hemos examinado este punto en la conferencia anterior.

II. Solidaridad

Ante la vida en peligro de ser destruida y sometida a la instrumentación irreverente e injusta proponemos la solidaridad como virtud, principio y valor moral de primerísima instancia.

El documento de trabajo del Consejo Episcopal Latinoamericano titulado “Los desafíos a la nueva evangelización en América Latina y el Caribe, en el contexto de la globalización mundial” (2002), introdujo una frase que queremos incorporar: *Globalizar la solidaridad*. La necesidad de extender el marco de referencia para la solidaridad surge precisamente de un reconocimiento de las amenazas a la vida:

*“El horizonte de los problemas ante la vida es, cada vez más, un horizonte mundial. Existe un bien común que ya no puede ser reducido a un compromiso más o menos satisfactorio entre las exigencias sectoriales o entre aquellas otras puramente económicas. Son necesarias nuevas opciones éticas; es necesario crear una nueva conciencia social. Esto significa que el bien común mundial exige una solidaridad sin fronteras.”*⁵

A. Fundamento de la solidaridad. Antropología y ética cristianas

No se puede construir una ética de la solidaridad si apoyarla sobre una antropología y una teología de la condición solidaria de la existencia humana. Antes que “sentimiento”, “decisión”, o “virtud”, la solidaridad es un hecho antropológico y teológico que ha de entenderse colocando al ser persona en el centro del discurso; y su dimensión moral como prioritaria en su existencia.

En efecto, la solidaridad es un hecho antropológico de primer orden, que, a su vez, nos invita a ubicar el resto de las categorías que, junto con ella, establecen la estructura básica de lo que es propiamente humano. En este sentido, los documentos elaborados por el Concilio Vaticano II representan un testimonio relevante. Así, en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* se dice que el hombre es creado a “imagen de Dios”, afirmación que para el cristiano constituye el fundamento sobre el cual se asienta la comprensión del ser humano y establece el punto de partida de donde se despliegan todos los valores antropológicos:

Estas categorías antropológicas básicas razonadas por el Concilio Vaticano II nos descubren valores fundamentales que el ser humano posee estructuralmente, es decir, que el hombre tiene por el mero hecho de ser hombre, y que deben ser defendidos en todo momento. La solidaridad también pertenece a este grupo de categorías básicas que estructuran antropológicamente al hombre y lo configuran como unidad dinámica; unidad que se manifiesta, además, en la manera como se relacionan las mencionadas categorías, ya que todo lo que afecta a una de ellas repercute en las demás.

Desde la concepción de la persona como persona situada en el tiempo y en el espacio, es decir, históricamente constituida como unidad dinámica, planteamos nuestra propuesta de hacer de la solidaridad el principio ético nivelador de las condiciones asimétricas de la existencia humana, en la medida en que esta diferencia sea injusta y conducente a la discriminación irrespetuosa de la dignidad inherente a la persona. Según nuestra perspectiva orgánica, examinaremos la solidaridad como actitud personal, virtud del agente moral, deber hacia otros, principio

⁴ Cf. ibíd., 70.

⁵ Consejo Episcopal Latinoamericano, *Los desafíos a la nueva evangelización en América Latina y el Caribe, en el contexto de la globalización mundial*, 2002, art. 235.

regulador de la interacción humana, la asimétrica en especial, y finalmente como valor moral que debe ser plasmado en la infraestructura social a nivel global.

1. La solidaridad en cuanto actitud cristiana

Desde el punto de vista cristiano, la solidaridad es también una actitud moral de la conciencia personal que resulta determinante en la configuración de las relaciones humanas. Así es como la concibe Juan Pablo II en el cuarto capítulo de la encíclica *Sollicitudo rei socialis* (38).

Karol Wojtyła ya había reflexionado sobre la “actitud de solidaridad”. En *Persona y acción*, al tratar lo que denominaba “actitudes auténticas”, entendía la actitud solidaria como la disposición constante y permanente de los seres humanos que viven y actúan juntos, a llevar a cabo la parte que a cada uno corresponde realizar en la comunidad; el bien común es el referente intencional que guía al sujeto a posicionarse ante la realidad con esa disposición solidaria constante y a hacerse cargo de las propias responsabilidades, que dependerán en cada caso de la situación del sujeto y de las necesidades de la comunidad. Entendía, igualmente, que la actitud de solidaridad, al promover el bien común y de los demás, era expresión de una de las propiedades más auténticas del ser humano en cuanto tal.

Sollicitudo rei socialis insiste en que la referencia última que permite entender la solidaridad como actitud cristiana es el Dios Trinitario, fundamento último de dicha disposición permanente de la conciencia, a la que denomina “actitud de conversión”, en clara referencia a un proceso de transformación, cambio y realización personal que inexorablemente lleva al ser humano a comprometerse con la realidad del mundo y sus problemas.⁶

2. La solidaridad en cuanto virtud cristiana

Sollicitudo rei socialis entiende que la solidaridad es también una virtud cristiana. Al partir de la realidad social del ser humano, se reconoce la íntima vinculación que existe entre todos y cada uno de los seres humanos, lo que conduce a la definición de solidaridad que aparece en el número 38 del tercer capítulo de la encíclica: “Determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos responsables de todos”. Con esta definición, que no difiere de lo que se ha entendido por virtud en la ética cristiana, especial y particularmente desde la visión de Santo Tomás, se reconoce en la solidaridad una nueva identidad que entronca en uno de los sistemas morales más tradicionales, y que en la actualidad despierta creciente interés, principalmente en el mundo angloamericano.

La virtud de la solidaridad, tal y como la trata Juan Pablo II, está en total sintonía con las proposiciones procedentes de la ética teológica, según las cuales la virtud está ordenada a la acción buena, es decir, a obrar según el bien y la recta conciencia, y posee un objetivo claro: Transformar una realidad que necesita ser cambiada para que progrese en su camino hacia la realización plena. Por eso afirma el Papa que la virtud de la solidaridad es un camino para la paz y el desarrollo de los pueblos, desligándola de las estrategias particulares que pretenden alcanzar fines distintos de aquel de colaborar con Cristo en la redención del mundo. De esta forma, el ser humano se va realizando como persona de forma permanente y constante a través de una decisión hecha con firmeza y libertad: la de ser solidariamente virtuoso.

En consecuencia, la virtud de la solidaridad en la persona humana no es fruto del azar ni de determinismo alguno, sino que responde a la forma originaria que tiene el hombre de ser y estar en el mundo, como individuo libre y responsable de su destino, es decir, como sujeto moral;

⁶ Cf. Velasco, Juan María, *La bioética...* op. cit., pág. 319.

además, al estar indisolublemente unido a sus semejantes, el hombre se hace también responsable de la libertad y del destino de ellos, porque buscar el propio bien en cuanto actitud e inclinación personal es buscar el bien de la comunidad, y en este sentido se puede afirmar que el sujeto virtuoso tiene como meta el desarrollo de sociedades virtuosas que busquen el bien común también de forma constante y permanente, es decir estructuralmente.⁷

3. La solidaridad en cuanto deber ético cristiano

El Magisterio Católico ha considerado la solidaridad como un deber ético de alcance universal desde su aparición en los documentos oficiales de la Iglesia en la primera mitad del siglo XX. Pero sin duda el pontificado de Pablo VI representa el punto culminante del Magisterio de la Iglesia Católica en la estimación de la solidaridad como deber ético.

*“Los seres humanos no son estrictamente iguales; hay situaciones humanas que desequilibran la simetría (accidentes, minusvalías, ancianidad, etc.); además, existen las desigualdades injustas que originan, a su vez, otro universo de ‘asimetrías’ entre las personas, entre los grupos y entre las naciones”*⁸

Esta consideración es la que ha permitido seguir desarrollando el significado del término *solidaridad* en ámbitos diferentes del estrictamente normativo, porque indica que moralidad y espiritualidad son dos aspectos de una misma realidad personal humana, que se pueden distinguir pero no separar. La interrelación que existe entre estas dos dimensiones estructurales del individuo configura al deber moral (en este caso el de solidaridad) de una forma concreta, ya que no se limita a solicitar el cumplimiento de una norma determinada, sino que se extiende al mismo tiempo a la realización espiritual de la persona. El “deber solidario cristiano”, al estar indisolublemente unido a la caridad, aspira a promover el bien integral del hombre, siendo en último término aval de autenticidad del mandamiento del amor, que evidencia una forma de ser y de estar en el mundo.

Benedicto XVI reafirma la interdependencia de la ética y la espiritualidad en su encíclica *Deus caritas est* (2005): *“El amor (caritas) siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo necesitado de una entrañable atención personal.”*⁹

4. El principio de solidaridad

En el número 10 de la encíclica *Centesimus Annus*, Juan Pablo II considera la solidaridad como principio moral básico de una sana organización política y social de los pueblos; a ella se había referido anteriormente Pablo VI denominándola “civilización del amor”. A través de esta nueva forma de concebir la solidaridad, en cuanto principio ético, Juan Pablo II desarrolla su significado en cuanto valor moral, capaz de establecer las pautas que armonicen y regulen las relaciones humanas individuales y colectivas; el fin perseguido es el desarrollo integral de todas las personas que habitan en el mundo, a partir de una opción preferencial por los pobres.

La perspectiva cristiana y humanista con la que el que Juan Pablo II se aproxima a la realidad del hombre de hoy desde el principio de la solidaridad, fija el punto de referencia para valorar al ser humano, y particularmente a los excluidos del sistema. De esta manera, el Pontífice manifiesta claramente la vocación universalista de la solidaridad (su globalización) como instancia ética, pues sus postulados no admiten excepciones: No existe, ni ha existido, ni existirá

⁷ Cf. ibíd., pág. 321.

⁸ Ibíd., pág. 317.

⁹ Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 28 b.

persona alguna que no sea digna de ser tenida en cuenta desde esta consideración moral. Se trata, por otra parte, de un planteamiento ético que no es síntoma de una concepción caprichosa o arbitraria del hombre, sino que responde a la exigencia moral que se impone a partir de los valores que detenta todo ser humano, ya que ellos constituyen el soporte vital en que se realiza la persona.¹⁰

5 Solidaridad como valor moral

El principio de solidaridad es la instancia moral capaz de establecer criterios de actuación correctos desde una concepción del sujeto como ser autónomo, ya que no se trata de una demanda impuesta al hombre desde afuera, sino de un valor innato en él y con el que debe identificarse. Al mismo tiempo, al situar la solidaridad en el mundo de la axiología, la hacemos compartir la categoría ética con el resto de los valores morales que pretendemos salvaguardar. Entre ellos ejerce una función de mediación y advierte sobre las posibles disfunciones que puedan producirse.

La equidad establecida por el principio de solidaridad entre todos los valores que distinguen a la persona o a la sociedad en cuanto sujeto moral, permite recuperar de nuevo el equilibrio orgánico que debe existir entre ellos cuando alguno ha sido sobrevalorado de forma incorrecta o, a la inversa, subvalorado. En la visión antropológica que proponemos, los valores deben ser solidarios entre sí, puesto que existe una interrelación estructural entre todos y cada uno de ellos. Por tanto, la primera tarea de la solidaridad, en cuanto principio moral, consiste en dimensionar convenientemente el peso específico de cada valor, antropológicamente hablando, en la constitución estructural del ser humano.

a) Solidaridad como valor fundamental de la sociabilidad

En esta exposición acerca de las funciones que debe ejercer el principio de solidaridad en cuanto criterio ético de transformación social, hemos acentuado el ser humano en cuanto sujeto moral que actúa. Aun cuando en esta presentación no lo hayamos señalado explícitamente, la subsidiaridad (cada persona o nivel de gestión asume su responsabilidad y autonomía para realizar su labor, sin interferencia), complementa la solidaridad a modo de auxilio cuando la instancia responsable no puede realizar su proyecto a pesar de su auténtico esfuerzo.

Pero el aspecto fundamental que incumbe al principio de solidaridad es el que tiene como referente al otro. En consecuencia, la exigencia ética se sitúa en la consideración axiológica del prójimo en cuanto individuo perteneciente a la familia humana y por tanto, sujeto portador de valores. Es decir, el principio de solidaridad como valor moral radicaliza la sociabilidad entendida como condición natural y no como resultado de contrato entre sujetos libres e iguales. La solidaridad como valor antecede a la igualdad o libertad, pues es atributo del ser humano en sí.

Superar las asimetrías deshumanizantes de la realidad del hombre es el objetivo que impulsa al principio de solidaridad en su tarea de transformar la vida social.

El principio de solidaridad tendrá en cuenta al ser humano también en su condición de miembro de una comunidad portadora de valores. La sola atención al individuo concreto resulta totalmente insuficiente si no se lo contextualiza en su ámbito de referencia. El respeto que merecen los valores etnoculturales de todos los pueblos de la tierra exige, asimismo, respetar su derecho a seguir existiendo y prosperando como tales en el marco de la comunidad humana mundial. La exigencia ética derivada del principio de solidaridad pretende lograr el desarrollo armónico de cada uno de ellos desde la interrelación estructural que los une.¹¹

¹⁰ Cf. Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 1965.

¹¹ Cf. Velasco, Juan María, *La bioética...* op. cit., pág. 323.

Conclusión

Desde el punto de vista de la ética teológica, la solidaridad es un deber moral que puede ser contemplado desde planos distintos: el que pone de manifiesto el carácter axiológico y se concibe como “principio moral”, y el que muestra su aspecto de “actitud moral” y se expresa a través del concepto de “virtud”. Es decir, orgánicamente expresado, se trata de una ética de principios que transforma la realidad social y de una ética de virtudes que forma el carácter del agente moral.

De esta forma, la solidaridad puede ser concebida tanto desde el punto de vista del deber como de la virtud, porque la moral para ser calificada de cristiana tiene que abarcar ambos aspectos: el que indica las obligaciones del actuar humano y el que muestra la bondad de dicho comportamiento, pues son distintas facetas de una misma realidad y certifican la unidad dinámica del ser humano que se expresa y realiza a través de sus actos concretos. Por todo lo dicho, se puede afirmar que la solidaridad configura al individuo de una manera determinada, involucrando todo su ser en una alianza personal con Dios y con toda la humanidad.

Además, y desde la perspectiva que considera dicha categoría ética como principio moral, hemos reconocido, a partir de los documentos pontificios citados, que la solidaridad tiene entidad suficiente para regular, en todos sus ámbitos, la vida social de forma justa, impidiendo o haciendo desaparecer las situaciones de asimetría que se puedan generar a partir de relaciones humanas constituidas de forma perversa, y que no tienen en cuenta a la persona necesitada y vulnerable.

Asimismo, otro aspecto importante es el que hace referencia al lugar que debe ocupar este principio en el diálogo ético social. Desde nuestro punto de vista, creemos que, si bien no podemos exigir que sea acatado obligatoriamente, sí debemos reclamar que sea respetado. Por esta razón, secularizar la ética no debe significar vaciarla de contenido, sino dejarse guiar por la sabiduría de las tradiciones que han colaborado en el progreso moral de la humanidad.

Insistimos pues en los aspectos éticos de la solidaridad y en la necesidad de reconocer el deber moral de construir unas estructuras sociales de carácter universal en las que no existan excluidos ni marginados, por lo que se exige a cada uno aceptar su correspondiente cuota de responsabilidad para alcanzar un mundo sin ningún tipo de violencia y en paz.¹²

La solidaridad, pues, no es un elemento extraño o añadido a la dinámica de la vida cristiana. La virtud humana de la solidaridad, al ser vivificada por la gracia, y el don de la fe en Cristo, se convierte en fuente de amor fraterno, de perdón y de reconciliación. En esta caso, todo ser humano, aunque sea extraño e inclusive enemigo, se convierte en “prójimo” no sólo por su dignidad humana común, sino porque es la imagen viva de Dios redimida por el Sacrificio Supremo del Amor.

III. Globalizar la solidaridad: Compromiso de todo dirigente

A. Ética de la globalización

1. Para que la globalización, según se la entiende generalmente en su ámbito económico – político, sea regulada por la ética, hay que destacar los valores del respeto a la persona, la responsabilidad, la honestidad y probidad, y todos aquellos valores que favorezcan el dialogo en confianza y recíproca solidaridad.

¹² *Ibíd.*, pág. 325.

En vista de la diversidad cultural que de por sí entraña la globalización, la ética correspondiente a su horizonte debe ser pluralista. Pero el verdadero pluralismo no se hace de silencios, de medias verdades compartidas o de imposiciones toleradas, sino de respeto que le permita a cada uno aportar lo mejor que tiene y aprender de los otros. No es una ética del mínimo establecida por mutua aceptación de lo imprescindible para convivir, sino una ética del reconocimiento del conjunto de bienes esenciales que sólo se logran por medio de la colaboración, es decir, del bien común al que todos debemos aportar para el beneficio comunitario, tal como fue expuesto en la presentación anterior.

a) Como tarea inicial, la ética debe contribuir a cambiar la orientación economicista de la globalización. Es un desafío mostrar que más allá de la motivación de lucro, de la competencia sin cuartel de los individuos y los países en un mercado desregulado, pueden desarrollarse valores de colaboración, intercambio, solidaridad, y responsabilidades comunes. Sólo así la globalización no aplastará a los más vulnerables y será más bien un camino de superación para todos.

b) Se debe acentuar el valor de lo gratuito. En una cultura marcada por la sobrevaloración de la utilidad, la productividad, la eficiencia y el éxito económico, tenemos el desafío de recordar la dimensión de gratuidad que es esencial para la humanidad. Por gratuidad nos referimos a los bienes que por su carácter esencial para la existencia humana no admiten ser sometidos a los criterios de compra y venta o ser representados por medio de criterios económicos. Lo más humano ni se compra ni se vende, tiene valor pero no precio. La amistad, la sonrisa, la felicidad, el don de sí en amor y la receptividad al amor del otro, e incluso la muerte, son experiencias más allá de la utilidad y del placer egocéntrico. El arte, la literatura y la filosofía son cultivo de lo gratuito, a lo cual accede por excelencia el espíritu. Es preciso restaurar el valor de la dulzura, la afectividad, la delicadeza y el aprecio del sentido simbólico de cada experiencia, en cuanto rasgos del principio femenino que debe estar presente en toda persona independientemente del género.

c) La ética necesita reencontrarse con el sentido de la vida y no aspirar a construirlo por cuenta de su propia iniciativa subjetivista e individualista de corte pragmático. El entrecruzamiento de culturas, de religiones, y el cúmulo de información que transmiten los medios de información, generan en no pocos el relativismo que niega toda posible referencia al absoluto. Por otro lado, el ritmo de la vida que introducen la nueva tecnología y el sistema económico, quita el interés y el tiempo para formularse preguntas últimas. Nos hemos ido enriqueciendo de medios y se han ido borrando los fines.

d) Debe intensificarse el diálogo con la ciencia y la tecnología. La mentalidad tecnocientífica se encuentra dominada por el ansia de poder, de utilidad, está fascinada con el razonamiento instrumental e inclusive tentada de manipular la vida, en especial en sus etapas más vulnerables: el embrión, el moribundo, el minusválido, el niño. Es preciso reestablecer las prioridades que humanicen la técnica, la informática y el progreso económico, y que restauren un horizonte de fines conducentes al desarrollo de la persona en plenitud tanto en el ámbito privado como público. El respeto integral de la persona exige la adopción de un código ético por parte de los científicos y técnicos, lo cual, lejos de detener el avance de la ciencia y la tecnología, lo favorece al garantizar su servicio a la humanidad actual y futura.

e. La ética debe dejarse complementar con el sentido religioso. América Latina ha conservado siempre un sustrato religioso fuerte y continuo a través de toda la historia. Esta búsqueda del sentido religioso se encuentra, sin embargo, marcada por muchos elementos que caracterizan la cultura actual: los escasos criterios de referencia para ubicarse ante Dios, la fragmentación del

conocimiento, la ausencia de la dimensión metafísica, la afirmación de lo individual por encima de lo comunitario, la primacía de la experiencia y la emotividad por encima del dato de la fe. Esto ha propiciado el surgimiento de numerosas propuestas religiosas que conforman un amplio mercado religioso, el cual busca responder más a las necesidades psicológicas y existenciales del individuo que al desarrollo de la religiosidad como vivencia de la filialidad humana ante Dios Creador y Providente.

2. La ética debe comprometerse con la reconstrucción de los vínculos de pertenencia y de responsabilidad social. Hoy el valor de la libertad parece estar colocado en la cúspide de los criterios de acción. Se promueve la búsqueda de autonomía del hombre, reafirmando su ser en cuanto sujeto individual, único e inconfundible. Se impone así un individualismo práctico que tiene sus consecuencias en el campo político, la economía, y la vida social en general. La posmodernidad ha acentuado ese rasgo, pues el hombre actual se inclina a privilegiar el ámbito privado por encima del ámbito social.

En esta búsqueda individual el hombre se aísla. Se niega a sí mismo al desvalorizar una dimensión fundamental de su existencia: la intersubjetividad. Se expone a la disolución de los vínculos familiares, comunitarios, étnicos, culturales y hasta, lo cual tiende a comprometer su vida y desarrollo. Al disolver estos vínculos, la persona elude su responsabilidad para con los demás y desestima la obligatoriedad esencial de la solidaridad. Renuncia a una comunión con quienes lo rodean, ubicados en su horizonte vital y, más aún, excluye de su conciencia los seres humanos con los cuales no convive en cercanía cotidiana. Esta actitud cierra la posibilidad de encontrar respuestas a los problemas que los afectan y que de ninguna manera pueden ser resueltos desde una actitud egocéntrica de la persona. Se debe fomentar la familia como espacio fundamental donde se reconstruyan la solidaridad como valor, principio, deber y virtud.¹³

B. Espiritualidad de la globalización

La espiritualidad de solidaridad se fundamenta en el amor misericordioso de Dios por la humanidad, manifestado tanto en la creación como en la encarnación y en la Pascua del Señor. Los Padres hablaban de esa maravillosa condescendencia de Dios con nosotros: Dios, siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza. Sin esta conciencia de que la solidaridad es un don recibido, pareciera que ésta tuviese su fuente en nuestra propia iniciativa. Y no es así: la solidaridad es ante todo un don de Dios. La virtud resulta del encuentro de Dios con la humanidad.

La espiritualidad de solidaridad postula un mundo con sabor a Reino de Dios, impulsa a transformar la sociedad. Por esa razón, normalmente la solidaridad es punto de llegada del encuentro con Cristo, el fruto maduro de la comunión. Puede también ser puerta de entrada al Evangelio, al encontrar el rostro sufriente de un hermano que conmueve las entrañas, que urge a la caridad y que, por el camino de la solidaridad, nos manifiesta uno de los rostros más misteriosos del Señor: Dolor encarnado por amor. La expresión actual de la comunión es la solidaridad que se encuentra unida a la esperanza y se sitúa frente al vulnerable acompañándolo y elevándolo.

C. Recomendaciones para los dirigentes comprometidos con una solidaridad globalizada en su ética y espiritualidad

¹³ Cf. CELAM, *Documento de Trabajo 3. Tareas prioritarias: Decálogo de acción*.

La solidaridad entendida como la “*determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común*”, es decir por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos, es el propósito de una nueva visión del mundo y de la historia. Fundada en la primacía de la persona, la solidaridad asume su labor principal y urgente: promover el valor intrínseco de la vida humana al igual que protegerla en todas sus etapas y en todas sus condiciones, particularmente cuando más vulnerable se presente.

1. Pero esa globalización se inicia en la persona misma del dirigente, quien asume la actitud solidaria y cultiva la virtud de la solidaridad. Benedicto XVI exhorta al dirigente con palabras evocadoras de la más profunda nobleza humanitaria: “*Por lo que se refiere al servicio que se ofrece a los que sufren, es preciso que sean competentes profesionalmente: quienes prestan ayuda han de ser formados de manera que sepan hacer lo más apropiado y de la manera más adecuada asumiendo el compromiso de que se continúe después las atenciones necesarias. Un primer requisito fundamental es la competencia profesional, pero por sí sola no basta. En efecto, se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial. Deben distinguirse por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad. Por eso, dichos agentes (entiéndase también dirigentes y no sólo el voluntariado caritativo), además de la preparación profesional, necesitan también y sobre todo, una formación del corazón.*”¹⁴

2. La globalización de la solidaridad debe ser el horizonte que nos ayude a construir una sociedad justa y fraterna, donde la vulnerabilidad intrínseca al ser persona sea respetada y considerada en su sentido antropológico como indicador de nuestro ser finito, contingente, dependiente de Dios y ubicado en las coordenadas del espacio y tiempo. Pero es la vulnerabilidad circunstancial la que ahora ocupa nuestra atención en cuanto a la globalización de la solidaridad.

Ilustraré este compromiso tomando como referencia, en primer lugar, la vulnerabilidad de una joven embarazada que contempla el aborto o el abandono del bebé por nacer, señalando las formas en que la solidaridad podría servir a la vida de la joven y la del niño que lleva en su seno. En segundo lugar ilustraremos la solidaridad ante la vida del moribundo en circunstancias que lo exponen a la tentación de la eutanasia o a solicitar asistencia clínica para el suicidio.

a. **La solidaridad de condolencia** responde asistiendo al necesitado que sufre situaciones de desventaja social.

* La joven debe recibir el apoyo sanitario, económico, social y educativo para contrarrestar su condición de desventaja. De este modo estará en mejor posición de reconocer su embarazo como una experiencia de aspectos positivos, o al menos digna de respeto de su parte, al igual que en mejor predisposición para acoger la vida inocente.

* Un moribundo en condiciones de desventaja, sean esta de índole económica, social o psíquica, necesita de un especial acompañamiento de índole humana y espiritual. El morir es profundamente personal e íntimo, pero también una experiencia comunitaria de aspectos trascendentales que exige la solidaridad en empatía y compasión.

b. **La solidaridad asistencial** promueve la ayuda a grupos de excluidos, especialmente a través de instituciones de caridad.

¹⁴ Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 31 a.

* Nuestra joven bien podría sufrir de marginación, en especial si es madre soltera, si se encuentra afectada por alguna enfermedad venérea o tiene SIDA, en cuyo caso la supuesta opción del aborto se presenta como un acto desesperado y reactivo a su experiencia de marginación. Una comunidad de apoyo capaz de devolverle esperanza y planificarle un futuro abierto a posibilidades viables es, sin duda, un acto solidario.

* El moribundo de nuestro ejemplo quizás sea miembro de alguna minoría étnica, racial o cultural, tal vez abandonado por sus familiares en un hospital en zona careciente que no cuenta con fondos básicos para el cuidado de los enfermos, de los moribundos en especial. Puede verse a sí mismo como una carga insoportable para los familiares o compañeros de su comunidad que viven en la precariedad y la tensión social. Un gesto solidario sería incorporar al moribundo a un círculo de personas dispuestas a acompañarlo, a dialogar sobre sus recuerdos y anhelos actuales, dispuestas a ofrecer la esperanza de hacer algo que la persona ya no pueda realizar, dispuestas a rezar si así lo pidiera el paciente.

c. La solidaridad grupal estimula el apoyo a los miembros del mismo grupo social, laboral, o profesional.

* Si la joven embarazada hubiera tenido una educación en, por y para el amor, y no la que se ha popularizado, es decir, mera información sobre salud y sexo seguro, no se vería en la situación de contemplar el aborto como salida de su difícil situación. El compromiso solidario exigiría apoyar programas educativos pro familia y de formación en el carácter y las virtudes de la modestia y la castidad como condiciones para la abstinencia prematrimonial, e inclusive para la planificación natural de la familia como estilo de vida.

* Con cierta frecuencia los envejecientes son marginados y desestimados como si su productividad dependiese de logros externos de orden material, con lo cual pueden entrar a la etapa final de la vida sin el apoyo y el ánimo necesario para enfrentarse a la enfermedad terminal, al proceso de morir y a la muerte. Sería aconsejable que directores en salud se preocupasen por fomentar el cuidado paliativo como gestión interdisciplinaria, rigurosa y efectiva, al igual que asegurar su cobertura por los seguros de salud.

d. La solidaridad promocional despierta la conciencia social, fortalece la capacidad de liderazgo y anima el surgimiento de procesos comunitarios con mira a la satisfacción de las necesidades fundamentales, al fortalecimiento de redes locales y al mejoramiento de la calidad de la vida

* Es preciso que la opción del aborto sea contrarrestada por medio de la educación pública a favor de la vida, exponiendo los resultados de la embriología sobre el estatuto de persona que desde su concepción le corresponde al bebé por nacer. Al aborto hay que hacerlo innecesario, ofreciendo alternativas de carácter sanitario, económico y social que permita a nuestra joven descartar el aborto como opción de preferencia o recurso extremo ante su grave situación. Cada tipo de comunidad, desde la familiar hasta el Estado, debe establecer programas coherentes y permanentes para oponerse a las corrientes que se enmascaran detrás de una supuesta promoción de la libertad individual, de la salud reproductiva o de la dignidad de la mujer. Y ofrecer así una educación en la formación de la conciencia y la salud femeninas integrada a la familia, y una formación de la mujer en su plena integridad de persona.

* La eutanasia o el suicidio médicamente asistido arraiga en una determinada visión de la vida: la vida carecería de sentido propio, estaría a la merced del bienestar individual o las comodidades, y valorada por cada individuo subjetivamente. Existe un relativismo cultural que

alienta la idea de la dignidad como resultado de la autodeterminación, con lo cual la vida personal deriva su valor del proyecto de cada persona quien, ante la debilidad de sus fuerzas, podría optar libremente por anticipar su muerte. Este clima cultural puede influir sobre el envejeciente moribundo, quien podría percibir la eutanasia como un deber para aliviar la carga a su familia o a la sociedad. Es preciso entonces que un compromiso solidario insista en que la vida en sí misma es valiosa independientemente de las funciones vitales, que la dependencia y la vulnerabilidad de la persona moribunda merecen respeto y cuidado reverente. Este compromiso no se limita a los profesionales en salud, sino a los medios de comunicación, a la escuela y a la familia, cada vez más desatenta para con el anciano.

e. **La solidaridad estructural** busca la creación de estructuras sociales que, dentro de un marco de justicia, equidad y participación, impulse la inclusión de todos en el desarrollo integral de la comunidad local, nacional e internacional.

* La joven de nuestra situación hipotética es sólo un ejemplo de lo que ocurre a nivel global. El tema del aborto debe ser evaluado a nivel nacional e internacional. El dirigente comprometido no puede conformarse con iniciativas locales, sino cultivar contacto con entidades nacionales e internacionales que se mantengan alerta sobre violaciones al respeto por la vida inicial, y poner su iniciativa al servicio complementario y no competitivo de esas otras gestiones nacionales o internacionales que promuevan la cultura de la vida. No puede excusarse so pretexto de una supuesta tolerancia que con frecuencia es indiferencia, o de un supuesto respeto por la democracia que ignora que en la verdad está la seguridad de la paz y la libertad responsable que contribuye a una justicia duradera.

* La eutanasia, legalizada en algunos países europeos y contemplada en algunos sectores de EE.UU., es secuela de la desestimación de la vida inicial. Comparte una evaluación utilitarista de la vida según su calidad o según el bienestar individual, en claro menoscabo de la dignidad humanísticamente concebida y de la santidad según criterio religioso ecuménico. Un dirigente comprometido debe examinar los daños que genera el relativismo cultural en el tema del valor de la vida en sus inicios y en su final, en cuanto etapas de especial vulnerabilidad; un dirigente comprometido debe formar su conciencia en relación con la intención benévola según el criterio objetivo del bien inherente al ser persona, y en relación con la rectitud de su acción y la responsabilidad ante las consecuencias de su acción, positivas o negativas, previstas o imprevistas.

A la globalización de la solidaridad se le plantea como desafío la creación de estas nuevas estructuras sociales que conduzcan a la superación de la exclusión, de la segregación y la desigualdad que lesionan la dignidad inherente a cada persona, independientemente de circunstancias o condiciones. La vulnerabilidad inherente a la vida y las desventajas y eventos negativos que agravan esta vulnerabilidad, son el foco de la atención empática y de la acción solidaria de cada dirigente, sea su gestión local o de mira más amplia. En todo caso, cada gestión afecta positivamente a alguien, quien a su vez puede sentirse inspirado a seguir su ejemplo, siguiendo la consigna: es mejor encender una lucecita aunque sea diminuta que intentar cruzar la oscuridad sin luz alguna.

Creo apropiado concluir con una referencia a la Madre que encarna la Cultura de la Vida:

¡Oh María, aurora del mundo nuevo,
Madre de los vivientes!
A ti confiamos la causa de la vida.
Mira, Madre, el número inmenso

de niños a quienes se impide nacer,
de pobres a quienes se hace difícil vivir,
de hombres y mujeres víctimas de violencia inhumana,
de ancianos y enfermos muertos
a causa de la indiferencia
o de una presunta piedad.
Haz que quienes creen en tu Hijo
sepan anunciar con firmeza y amor
a los hombres de nuestro tiempo
el Evangelio de la vida.
Alcánzales la gracia de acogerlo
como don siempre nuevo,
la alegría de celebrarlo con gratitud
durante toda su existencia
y la valentía de testimoniarlo
con solícita constancia, para construir,
junto con todos los hombres de buena voluntad,
la civilización de la verdad y del amor,
para la alabanza y gloria de Dios Creador
y amante de la vida.